

Capítulo VII

Substratum

No han sido infrecuentes en la historia de la humanidad la conquista y dominio de un pueblo por otro. Cuando esto ocurre, suele ocurrir también que la lengua de los conquistadores, si éstos ejercen un largo dominio, desplaza y substituye la lengua de los conquistados en un proceso que va desde el bilingüismo, por el abandono progresivo, hasta el olvido y abolición del idioma del pueblo subyugado.

Sin embargo, como observó Graziadio Ascoli en el siglo pasado, la lengua abandonada ejerce influencia, variable según los casos, sobre la evolución de la lengua adquirida. Este fenómeno se denomina *influjo del sustrato lingüístico*.

Para deshacer el hechizo imaginativo del término *substratum* en su acepción etimológica, y en gesto apotropeico hacia toda concepción naturalista del lenguaje, Amado Alonso explica que “El *substratum*, especialmente el fonético, no actúa en la lengua nueva como un sustrato, esto es, como una capa estabilizada sobre la cual descansa la capa superior, sino como algo ya constitutivo de la lengua nueva y que evoluciona con ella, por ejemplo, como la ronquera en la vos o como los recuerdos en un estado de ánimo²¹².”

La historia del sustrato puede seguir una de dos direcciones: la una hacia su eliminación, la otra hacia la producción de formas nuevas²¹³.

No siempre la conquista militar y política, seguida de colonización, trae consigo la conquista lingüística. Otros factores han de entrar en juego. Cuando los normandos invadieron y conquistaron a Inglaterra, ésta había superado la organización tribal y pasando por una heptarquía de reinos, había llegado a la monarquía, con una civilización por lo menos igual a la de los invasores; los ingleses, en un lapso relativamente breve, absorbieron a los normandos y se enriquecieron lingüísticamente con una gran cantidad de préstamos que confirieron al inglés su peculiar abundancia en sutiles sinónimos; así encontramos las siguientes expresiones en el *Book of Common Prayer*: “to acknowledge and confess”, “not dissemble nor cloke”, “assemble and meet together”, “pray and beseech”, y donde el Misal Romano reza simplemente “mortifica”, “videant”, “virtutum”, el *Book of Common Prayer* tiene “mortify and kill”, “perceive and know”, “power and might”, respectivamente²¹⁴.

En cambio, cuando los romanos conquistaron y colonizaron la Galia, ésta no había centralizado en gran escala su organización social y no tenía ni una literatura ni un sentimiento de unidad. Los celtas que la habitaban, al asimilar la cultura romana, aprendieron latín y abandonaron su idioma, del cual sólo quedan algunas palabras y giros en el francés moderno: *alouette* (alondra), *banne* (toldo), *braies* (pantalones), *changer* (cambiar), *chemise* (camisa), *char* (carro), *chouan* (lechuza), *tonne* (tonel), *vouge* (podadera), del galo: *alauda*, *benna*, *braca*, *cambiare*, *camisia*, *carros*, *cavannos*, *tunna*, *vidubion*, respectivamente; el decir *cuatro veintes* (quatre-vingt) para el número *ochenta*, proviene de una costumbre céltica²¹⁵

Los romanos no ejercieron presiones conscientes para obligar a los galos a aprender latín, no llegaron a formular una política de imposición lingüística cosa que sí han hecho algunas

²¹² Amado Alonso, *Estudio Lingüísticos*, Te,as Españoles, Edit. Gredos. Madrid. 1954, p. 319.

²¹³ Vide *ibid.*, pp. 321-324.

²¹⁴ Vide Louis H. Gray, *Foundations of Language*, The Macmillan company, New-York, 1939, pp. 138-139.

²¹⁵ *Ibid.*

ideologías en nuestros días ; pero su influencia latinizante fue espontáneamente poderosa a través de la administración, las guarniciones militares, el desarrollo de centros urbanos de cultura romana, la penetración comercial, la colonización campesina, el repartimiento de tierra entre veteranos, al entrada de exilados como consecuencia de contiendas entre los grupos dirigentes del imperio, la aceptación voluntaria de la cultura romana por parte de las capas superiores de la población gala²¹⁶.

Durante cuatro siglos, aproximadamente, el ideal de vida y el ideal de lengua de la Galia eran romanos. El sustrato lingüístico tendía a desaparecer: las divergencias de pronunciación se corregían por comparación con el ideal de lengua personificado en los romanos con quienes convivían los galos. Pero ese modelo orientador cesó con el derrumbe del imperio y, entonces, la historia del sustrato cambió de dirección por predominio de la tendencia opuesta, i. e., hacia la producción de formas nuevas; los galos ya no tuvieron, fuera de sí mismos, un ideal de lengua. “En la primera etapa, la presencia de la vida romana hacía a los galos ver dualidad en las maneras latina y gala de pronunciar; en la segunda, la ausencia de la vida romana borra en ellos toda conciencia de discrepancia galo-romana. En la primera etapa el espíritu trabaja contra los resabios del substratum, porque son contrarios al ideal de lengua; en la segunda, el espíritu ya no trabaja contra ellos, sino con ellos, porque el ideal de lengua ya no hace distinción alguna entre elementos de uno u otro origen”²¹⁷. Los llamados bárbaros germanos son, en gran parte, responsables de la caída y desmembración del Imperio Romano, pero su influencia lingüística en la formación de las lenguas romances es asombrosamente pequeña²¹⁸.

Hemos descrito a grandes rasgos cómo se inició la formación del francés a partir del latín transformado por el influjo del sustrato lingüístico. En el lento proceso que llega hasta el francés moderno intervinieron muchos otros factores de diferente índole.

En el inicio de las otras lenguas romances (provenzal, catalán, español, portugués, italiano, sardo, reto-romano, rumano, dálmata) puede observarse también el influjo léxico, sintáctico, morfológico y fonético del sustrato lingüístico. Bajo la superficie latinizada de la Romania actuaban como sustrato lingüístico los dialectos itálicos (osco u ópico, umbrío, sabelio) en la Italia central y meridional; el ilirio en Apulia, Dalmacia, Venecia; el griego en Italia del sur (Magna Graecia); el etrusco en Toscana, Romaña, Italia del norte y Recia; el rético y lenguas alpinas pre-indogermánicas en los Alpes; el ligurio en el nor-oeste de Italia y el sudeste de Francia; el ibérico en el sudoeste de Francia y en la Península Ibérica, en Italia del norte con excepción de Venecia, en Suiza, al norte de los Alpes; las lenguas mediterráneas no indoeuropeas de Sicilia, Cerdeña, Córcega; el tracio y el geta en Tracia²¹⁹.

Es interesante observar que el latín no logró desplazar al griego, ni siquiera en la propia Italia donde se conserva hasta hoy en día en el extremo sur de Calabria y Apulia; sus huellas poderosas se dejan sentir hasta la frontera Nicastro-Catanzaro y en el noroeste de Sicilia (Messina)²²⁰.

²¹⁶ Cfr. Heinrich Lausberg, *Romanische Sprachwissenschaft*, Edit. Walter de Gruyter & Co., Berlín, 1956, tomo I, pp. 39-40

²¹⁷ Amado Alonso, op. cit., p. 323.

²¹⁸ Vide Heinrich Lausberg, op. cit., p. 44

²¹⁹ Vide *ibid.*, p. 37.

²²⁰ Vide *ibid.*, p. 38 Asombra la supervivencia del vascuence y del albanés hasta hoy.

Cuando españoles y portugueses conquistaron y colonizaron lo que hoy llamamos Iberoamérica se impusieron completamente a las culturas indígenas. ¿Quiénes eran los indios? Salvador de Madariaga llama la atención hacia un hecho importantísimo que, sin embargo, queda generalmente inadvertido: La palabra *indio*, además, de ser un error porque el Nuevo Mundo no es la India, confiere a la población precolombina de América una unidad que nunca tuvo; grandes diferencias de todo orden separaban a los grupos indígenas y ellos mismos nunca se sintieron parte integrante de una unidad superior, ni siquiera se conocían los unos a los otros. “Los indios no tenían solidaridad ni siquiera en las áreas más cercanas de sus territorios, mucho menos en el vasto continente de cuya existencia misma sólo tenían una vaga noción. Lo que hoy llamamos México, la Nueva España de los españoles, era un núcleo de organización azteca, el Anahuac, rodeado por una galaxia de tribus independientes o semi-independientes que hablaban lenguas diferentes, adoraban a dioses diferentes y vivían de manera diferente. Los chibcha de Nueva Granada eran un mezcolanza de tribus flojamente organizadas, rodeadas por hordas independientes y salvajes de caníbales y sodomitas. Con respecto al Perú, sabemos que los incas emplearon siglos para reducir tribus de indígenas muy diferentes a una obediencia transitoria, y que cuando llegaron los españoles esa empresa estaba a la vez inconclusa y en decadencia. Estos eran los tres centros de organización más o menos adelantada. Más allá y alrededor de ellos, el continente era un hervidero de seres humanos demasiado primitivos para soñar siquiera con unidad o solidaridad”²²¹. Madariaga exagera: los monumentos colosales y las ciudades de los indios en México, América central y el Perú no hubieran podido edificarse sin una organización social poderosa; pero la diversidad de las poblaciones indígenas es evidente, sobre todo cuando echamos un vistazo a las familias lingüísticas de la América precolombina y consideramos las enormes diferencias que las separan.

¿Qué lenguas indígenas se hablaban o se hablan en lo que es hoy Latinoamérica?

Veinte familia lingüísticas en México y América central:

(1-4) Amusgo: chinante; kuikatek; y kuitlatek.

(5) Lenka, con siete dialectos.

(6) Maya, la más importante de las familias específicamente centroamericanas, con veintisiete miembros que se subdividen en dos grupos principales, el huastek y el maya propiamente dicho.

(7) Mískito-Sumo-Matagalpa, con cinco lenguas: mískito o mosquito, úlua, sumo táuaxka, yosko y matagalpa o chontal.

(8) Mixe-Zoke, con nueve lenguas.

(9) Mixtek.

(10) Olive.

(11) Otomí, con veinte lenguas.

(12) Paya.

(13) Subtiaba, con tres lenguas.

(14) Tarask.

(15) Totonak, con varios dialectos.

(16) Waikuri, con dos lenguas, waikuri propiamente dicho y perikú.

(17) Xanambre: pisone y xanambre p. d.

²²¹ Salvador de Madariaga, op. cit., p. 47 y s.

(18) Xikake o jicaque, con tres dialectos.

(19) Xinka o sinca, con tres dialectos.

(20) Zapoteka, con cuatro lenguas: zapoteca p.d., solteca, chatino y papabuko.

A éstas debemos agregar tres de las veinticinco familias norteamericanas, porque muchos de sus grupos se hablaron o se hablan en México:

Uto-Azteca, con sesentidós lenguas divididas en tres grupos: Shochon, pima-sonora y náuatl.

Na-Dene, con cuarentisiete lenguas divididas en tres grupos: atapaskan, haida y tlingit.

Hoka, con cuarentidós lenguas.

Setentisiete familias lingüística en las Antillas y Suramérica:

Alakaluf, con siete lenguas.

Al'entiaik, con dos lenguas.

Amueska.

Araucano, con nueve lenguas.

Arawac, con ciento treinta lenguas; esta enorme familia parece divisible en siete grupos y es quizás la más importante de Suramérica, cubría otrora las Antillas y llegaba hasta la Florida suoccidental.

Arda.

Atacama.

Atal'an, con cuatro lenguas.

Auaké

Aymará, con once lenguas.

Bororó, con ocho lenguas.

Chapakura, con quince dialectos.

Charrúa, con siete lenguas.

Chibcha, con setentitres lenguas en cuatro grupos: talamank-barbakoa, dorask-guaimi, chibcha-aruaik y paez.

Chiquito, con seis lenguas.

Chirino.

Choco.

Cholona, con dos dialectos.

Chon, con treintinueve lenguas divididas en dos grupos: patagón y fueguino.

Diagit o katamareño, con dos lenguas.

Enimaga, con cuatro lenguas.

Esmeralda.

Guahibo, con nueve lenguas.

Guaraúno.

Guató.

Guaycurú, con diez lenguas.

Het: chechet y parte de diuihet.

Huari.

Itonama.

Kahuapana o mayna: xérebo, mayna y kahuapana.

Kaliana.

Kañari.

Kanichana.

Karibe, con setenticuatro lenguas divididas en seis grupos: akawí, arekuna, makushí, sarapá, serogong, ipurukotó, etc., umaua, pianokotó, makiritare, etc.; bakairí, arara, parirí, etc.; bonari y yauapery; peba, yagua y yameo.

Karirí, con dos lenguas.

Karajá: shambioá, zawazé, karayá.

Katukina, con ocho lenguas.

Kayuvava.

Kichua o quechua o runa-simi, única familia suramericana con una lengua precolombina de gran civilización, fue extendida por los misioneros más allá de sus fronteras originales. Se divide en cinco grupos geográficos: inka, chichasuyu, quiteño, boliviano y argentino; tiene ocho dialectos principales: quiteño, lamaño o lamista, chinchasuyu o chinchaya (contres subdialectos), huancayo, ayacucho, cuzqueño, boliviano y argentino o tucumano.

Koche o mocoa.

Kófane.

Leko.

Maku.

Maskoi, con siete lenguas.

Mashubi.

Matako-Mataguayo, con doce lenguas.

Mobina

Moseten, con dos lenguas.

Mura.

Nambikuara, con cuatro lenguas.

Otomak.

Pano, con cuarentitrés lenguas divididas en tres grupos.

Puelche, con dos dialectos.

Puinave, con dos lenguas.

Puruhá.

Sáliba, con tres lenguas: sáliba p. d., piaroa y maku.

Samuku, con dieciséis lenguas.

Sanaviron.

Sek: katakao, kolan y sechura.

Shavanté o coshavanté.

Shirianá, con dos lenguas.

Timote o muku, con diez lenguas: timote, mucuchi, escagüey, cuica, tostó, jajó, etc.

Trumaí.

Tukano o betoya, con treintinueve lenguas divididas en tres grupos.

Tupi-Guaraní con sesenta y ocho lenguas. Tuvo su centro entre el Paraná y el Paraguay, pero muchas tribus que hablaban sus lenguas migraron por las costas del Brasil hasta la desembocadura del Amazona y exploraron este río casi hasta sus fuentes y se establecieron en sus márgenes y en las de sus afluentes, especialmente los del sur. Su rama meridional, el guaraní o abañeeme, es hoy la lengua dominante del Paraguay; su rama septentrional, el tupi o ñeengatu, sirve de *lingua geral* en la gran hoya hidrográfica del Amazonas y hasta en todo el Brasil. Entre las muchas lenguas de esta familia, podemos mencionar, en el Paraguay:

paranaé, guayakí, kainguá; y en el Brasil: aré, tapé, tupinamba, kaité, manazé, anambé, yurimagua o zurimagua, miranya o boro, paikipiranga, tapirapé, yuruná, parentintín o kawahib, rama-rama, apiaká, chiriguano o aba o kamba o tembeta, guarayo, siriono.

Tuyunciri.

Vilela-Chulupí o lule, con diecinueve lenguas divididas en dos grupos.

Witoto.

Xíbaro o shiwora o shuara, con diez lenguas.

Xiraxara, con tres lenguas: xiraxara p. d., ayamán y gayón.

Yahgan.

Yaruro.

Yunka, con cinco lenguas.

Yurakare.

Yuri.

Záparo, con cinco lenguas.

Ze o ge kran, con cincuenta lenguas divididas en cuatro grupos según los puntos cardinales; es la familia suramericana mejor estudiada (desde un punto de vista moderno).

¿Cómo explicar esta abigarrada multitud de familia lingüísticas disímiles? Rosemblat afirma: “No hay una raza indígena, sino grupos raciales distintos, producto de distintas migraciones prehistóricas, entrecruzadas de manera diversa a través de los siglos”²²². Los habitantes prehistóricos de América no tenían unidad étnica, ni lingüística, ni cultural; por eso puede afirmar Arthur Ramos que “La palabra *indios* ha quedado hasta hoy y hasta podría estimarse (sic) como un símbolo de la ignorancia sobre el origen de los habitantes del Nuevo Mundo”²²³.

Sobre las características de la distribución geográfica de esas familias nos da una noción Rosenblat: “Frente a la gran unidad del quechua, que se habla en la provincia de Santiago del Estero (República Argentina) y luego desde Bolivia hasta el norte del Ecuador, con variantes dialectales, puede presentarse el panorama de otras regiones: sobre el Orinoco, en una pequeñísima región de los llanos de Venezuela, con una rica red fluvial que ha asegurado las comunicaciones, convivieron, en relación más o menos estrecha, los otomacos, los guamos, los yaruros, los sálivas y los guajivos, con lenguas completamente independientes, tan alejadas entre sí como el español y el turco, sin que se les haya podido encontrar hasta ahora una relación genealógica con las restantes de América”²²⁴.

El material utilizado para clasificar las lenguas precolombinas de América no ha sido recogido exhaustivamente todavía, y los criterios taxonómicos no son homogéneos²²⁵, como

²²² Angel Rosenblat, op. cit., tomo I, p. 34. Cfr, Paul Rivet, *Les Origines de l'homme américain*, Gallimard, París, 1957.

²²³ Arthur Ramos, *Las poblaciones del Brasil*, Fondo de Cultura Económica. Colección Tierra Firme, México, 1944, p. 49.

²²⁴ Angel Rosenblat, *ibid.*, p. 34.

²²⁵ Sobre las tremendas dificultades con que tropieza el empeño clasificatorio, véase la lúcida disertación de Edward Sapir en *El Lenguaje*, F.C.E., traducción de Margit y Antonio Alatorre, México, 1954, pp. 141-168.

se desprende de las divergencias en las listas dadas por Paúl Rivet²²⁶, W. Schmidt²²⁷ y E. Kiekers²²⁸. En nuestra enumeración hemos seguido a Gray²²⁹, quien se apoya especialmente en Rivet.

No está de sobra una comparación numérica: Ante la imposibilidad de determinar con exactitud el número de lenguas en el mundo, la Academia Francesa decidió fijarlo en dos mil setecientos noventa y seis (1.796); Gray, trabajando independientemente, obtuvo el mismo número: 132 lenguas indoeuropeas, 46 hamitosemíticas, 32 urálicas o fino-úgricas, 34 altaicas japonés y coreano (2), ibero-vasco (2), 24 esquimal.aleutas, 26 caucásicas, 29 asiánica y del cercano este, 12 hiperbóreas o paleoasiáticas. Burushaski o khajuna o kunjuti (1), 26 dravidias, 12 andamenesas, 115 sino-tibetanas, la-ti (1), 52 del sudeste asiático o austroasiáticas, 263 malayo-polinesias o austronesias, 132 papú, 96 australianas, 5 tasmanianas, 425 sudanoguineas, 83 bantú, 6 hotentote.bushman o khoïn, 351 norteamericanas, 96 mejicanas y centroamericanas, 783 antillanas y sudamericanas. Total: 2.796²³⁰

Algunas operaciones aritméticas elementales nos conducen a la asombrosa comprobación de que en la América precolombina se hablaba casi la mitad de las lenguas del mundo: 1.230. En lo que es hoy Latinoamérica: un tercio aproximadamente.

Pero no es todo: la vasta pluralidad heterogénea del sustrato lingüístico complicó aún más su multiplicidad con la llegada de los esclavos negros, hablantes de numerosas lenguas disímiles.

¿De qué culturas africanas provenían los esclavos negros? Arthur Ramos, siguiendo sobre todo las extensas investigaciones demográficas de Nina Rodríguez, señala, para los traídos al Brasil, las siguientes:

A. Culturas sudanesas, representadas por

pueblos yorubas de Nigeria (nago, ijechá, eubá o egbá, ketu, ibadán, yebu o ijebu y grupos menores);

pueblos dahomeyanos (gegeewe, fon o efan y grupos menores);

pueblos fanti-ashanti de Costa de Oro (mina propiamente dichos, fanti y ashanti).

grupos menos de Gambia, de Sierra Leona, de Liberia, de Costa de Malagueta, de Costa de Marfil (krumano, agno, zema, timini).

B. Culturas guineo-sudanesas islamizadas representadas por

los peuhl (fulah, fula, etc.);

los mandinga (solinke, bambara...);

los haussá del norte de Nigeria

grupos menores como los tapa, bornú, gurunsi.

²²⁶ Paul Rivet, en Meillet et Cohen, *Les Langues du monde*, Librairie ancienne Honoré Champion, París, 1924, pp. 597-712; Nueva edición (en colaboración con Guy Stresser Péan y Cestmir Loukotka), Centre National de la Recherche Scientifique, París, 1952.

²²⁷ W. Schmidt, *Die Sprachfamilien und Sprachenkreise der Erde*, Heidelberg, 1926, pp. 163-267.

²²⁸ E. Kiekers, *Die Sprachfamilien der Erde*, Heidelberg, 1934, pp. 169-230.

²²⁹ Louis H. Gray, op. cit., pp. 407-417.

²³⁰ Ibid., p. 418

C. Culturas bantú constituidas por las innumerables tribus del grupo angola-congo y por el grupo de la Contra Costa, representadas por los negros capturados en las costas de Angola y Mozambique,
 negros de Angola o ambundas (cassanges, bangalas);
 negros congos o cabindas del estuario del Zaire;
 negros de Benguela;
 negros de Mozambique (macuas o angicos)²³¹.

¿Qué lenguas hablaban los esclavos negros? Una revisión de los tres grandes grupos lingüísticos del África negra (guineo-sudanés, bantú y hotentote-bushman o nama-san) y de su ubicación geográfica, comparados con la lista de culturas africanas que, para el Brasil, ha señalado Ramos, nos da el siguientes resultado:

De las dieciséis familias del grupo guineo-sudanés, enumeradas por Delafosse²³², ocho se hablaban en las zonas de cacería de esclavos:

Nigero-Chad, con treinta y una lenguas, de las cuales el haussá (considerado por algunos como idioma aislado) se convirtió en *lingua franca* del oeste y del sur del Sudán.

Nigero-Camerún, con sesentiséis lenguas tonales además de clasificatorias, como el fi o efik, el bo o ibo, el yoruba.

Bajo nigerio, con una sola lengua (jo o ijo o bonny).

Voltaico, con cincuentitrés lenguas (mo o mossi, kuruma, senufú...).

Dahomeyano de la Costa de Marfil, con cuarenta y ocho lenguas, de las cuales podemos mencionar el fon, el ga, el chi. El fanti y el eje o ewe que ha desarrollado una literatura propia y sirve como *lingua franca* en un vasto territorio.

Nigero-Senegalés, con treintiséis lenguas (songoi, dogón, sarakole, mandingo, vai, mende...).

Liberiano de la Costa de Marfil, con veinticuatro lenguas que exhiben un extraño sistema donde de conjugación según que los verbos vayan o no acompañados de partículas separables (gre o grebo, kra, bassa...).

Guineo-Senegalés, con veinticuatro lenguas (peul o fula, wolof, serer, etc.).

De las onces familias bantú, enumeradas por Mlle. Homburger²³³, nos limitamos a señalar tres, habladas en regiones frecuentadas por los cazadores de negros:

Africano sudoriental, con dos subgrupos: el costanero (macua, rongga, tonga...) y el chuana (soto, kololo, chuana...); el venda es un dialecto transicional entre los dos subgrupos.

Congolés, que incluye el bangui, el mpongwe y galoa, al duala y al nube.

Dos razones hubieran podido inducirnos a incluir en esta enumeración las lenguas hotentote-bushman (más correctamente llamadas nama-san): el uso de *clicks* en regiones

²³¹ Arthur Ramos, op. cit., pp. 125-126 y 143.

²³² M. Delafosse, en Meillet et Cohen, *Les langues du monde*, París, 1924, pp. 463-560. Guillermo de Humboldt conjeturó que “por medio de ellos (los esclavos negros) se hubiera tenido un medio extremadamente fácil de conocer un gran número de lenguas del interior de Africa”; pero los estudios de Calmon (Historia de la civilización brasileña), Arthur ramos (Las culturas negras en el Nuevo Mundo) y Gilberto Freyre (Casagrande y Senzala) demuestran que los esclavos negros eran, por lo general, de la costa. Este criterio nos guía en la selección. (Humboldt, Ensayo sobre las lenguas del Nuevo Continente, p. 164).

²³³ L. Homburger, en Meillet et Cohen, *Les langues du monde*, París, 1924, páginas 579-587.

cuya población presenta un mestizaje con predominio del negro²³⁴ y la existencia de pigmeos en la vasta región que se extiende desde el norte del Amazonas hasta el Golfo de Darién, incluyendo una parte de la cuenca del Orinoco, el Estado Lara y la vertiente venezolana de la Sierra de Perijá²³⁵. Pero los *clicks* pueden haber llegado a través del africano sudoriental, contaminado por el hotentote bushman, o haberse desarrollado independientemente (no conocemos ningún estudio sobre este problema). En cuanto a los pigmeos, es notorio que son aborígenes, y su presencia en América, así como en los demás continentes incluyendo a Europa debe explicarse, según Paul Rivet, no por migración sino por mutación biológica enanizante²³⁶. Sin embargo, no puede excluirse totalmente la posibilidad de que hubiese pigmeos hotentote-bushman entre los esclavos negros traídos a América.

Nos encontramos ahora ante dos grandes interrogantes: cómo fue posible que el español y el portugués suplantaran tantas lenguas, y qué influjo han ejercido ellas, como sustrato, sobre el español y el portugués de América.

Razones extralingüísticas explican el primer fenómeno. La dispersión y multiplicidad de las culturas indias y africanas, al par que su bajo desarrollo técnico las hacía presa fácil de los peninsulares ya organizados en estados, conscientes de expandir un imperio y una religión, habituados por generaciones a guerras en gran escala, con la tecnología militar más poderosa del mundo para esa época. Impusieron su lengua porque se impusieron militar, política, social y culturalmente.

Con respecto a los negros, sabemos muy bien que su llegada “no obedeció a una iniciativa espontánea de exploración y de conquista. Fue, por el contrario una migración pasiva, una migración forzada por la captura y la esclavitud: el mayor movimiento migratorio pasivo que conoce la historia”²³⁷. Además “Ya en Africa, la obra de colonización europea había borrado los contornos de las culturas negras por la desagregación operada por las guerras de conquista, por las razzias y capturas de negros, por la destrucción de sus instituciones y culturas materiales y espirituales. La esclavitud terminó la obra”²³⁸. Sabemos también que negros de diferente lengua compartieron la promiscuidad de los mercados, de los barcos negreros y de las oprobiosas *casas de engorde*²³⁹ y que inventaron una lengua común con elementos del nagó y otras lenguas sudanesas, del quimbombo y del portugués²⁴⁰; de esa lengua inestable, heterogénea y provisional recordamos la bella palabra *malungo*= compañero. Cuando los negros llegaban a América, estaban ya maduros para un acelerado proceso de transculturación que incluía la lengua y que se veía favorecido por el mestizaje.

²³⁴ Un *click* es una consonante inspirada que se produce con la glotis cerrada, de manera que el aire para rápidamente de una parte de la boca hasta un lugar situado por encima de las cuerdas vocales; se trata de un *sonido invertido*, prácticamente inspiratorio en contraste con los tipos usuales, que son expiratorios. El *nama* tiene cuatro *click*, el *san siete*. El adusto Gabelentz (*Die Sprachwissenschaft*, Tauschnitz, Leipzig, 1901, p. 321) no puede reprimir cierta hilaridad al anotar que el clic izquierdo es juzgado más elegante que el derecho.

²³⁵ Este fenómeno ha sido observado y registrado por Nicolás de Federmann (1859), Alfredo Jahn (*Los aborígenes del occidente de Venezuela*, Caracas, 1927). R. De Wavrin (*Chez les Indiens de Colombie*), París, 1953) y muchos otros y estudiado por Rivet (*Les origines de l'homme américain*, París, 1957)

²³⁶ Paul Rivet, *Les origines...*, pp. 133-141.

²³⁷ Arthur Ramos, op. cit., p. 117.

²³⁸ Ibid., p. 174.

²³⁹ Sobre casas de engorde en Venezuela vide F. Brito Figueroa, *El comercio de esclavos negros y la mano de obra esclava en la economía colonial venezolana*, separata de la Revista Economía y Ciencias Sociales, julio-septiembre 1961, año VI, N° 3, Segunda Epoca, p. 39.

²⁴⁰ Vide Arthur Ramos, op. cit., pp. 175-176.

En las antillas francesas, donde el mestizaje fue casi nulo, los negros desarrollaron el tan interesante *patois* cuyo vocabulario es en gran parte francés deformado manejado con leyes sintácticas africanas también deformadas.

Los conquistadores, por lo general, no aprendieron lenguas indígenas. Los primeros intérpretes fueron indios. Los frailes sí se ocuparon de las lenguas indígenas y a ellos debemos gran parte de lo que sabemos acerca de las concepciones del mundo de los indios al llegar los conquistadores. También fungieron los frailes de preceptores de español y portugués, hecho éste que no dejó de tener consecuencias para la formación de un ideal de lengua en los nuevos hablantes de español y portugués. Hubo experimentos de mezcla: los capitanes españoles de tropas aztecas o zapotecas usaron una jerga híbrida con palabras aborígenes dentro de estructuras castellanas, reforzada por gestos y el tono de la voz; esas palabras no pasaron al habla general de los españoles residentes en México y desaparecieron a medida que los indios progresaban en su aprendizaje del español²⁴¹.

Creemos necesario insistir sobre la diversidad de las lenguas indígenas. Mientras en el Viejo Mundo, Eurasia y Africa, grandes familias lingüísticas como la indo-europea, la semítica, la sino tibetana y la bantú ocupaban la mayor parte de los territorios, y se habían desarrollado poderosas lenguas nacionales e internacionales, en el Nuevo Mundo fenómenos similares fueron restringidos y débiles. Los aztecas y toltecas, que lograron establecer una confederación guerrera en el centro de México, tenían cuatro lenguas oficiales que aún hoy dividen los mercados indígenas: nahuatl, mixteca, zapoteca y hia-hiu u otomí. El quiche de los mayas no salió nunca de su confinamiento geográfico. El quechua se extendió por influencia imperial desde Quito hasta Tucumán, pero no desplazó las lenguas locales y, aún Bolivia, tuvo que compartir dominio con el aimará de las tribus colla. La formación de una *koiné*, la *lingua geral*, en el Brasil, a partir de las lenguas tupí-guaraní, fue obra de los misioneros después de la conquista²⁴².

¿Cuáles eran las causas de esta diversidad, de este predominio casi universal del espíritu de campanario (*esprit de clocher*, Saussure)?

Entre otras, la escasa densidad de población, las condiciones del medio geográfico y, sobre todo, el tipo de culturas creado por los aborígenes.

Rosenblat ha calculado la población total de América para 1492 en 13.385.000 habitantes (trece millones trescientos ochenta y cinco mil), de los cuales más de la mitad estaban concentrados en la meseta boliviana y los valles peruanos por una parte, y en México y Guatemala por la otra²⁴³. Norte y Sudamérica eran vastos continentes vacíos.

Por otra parte, “Se han analizado cuidadosamente los medios de vida de la América precolombina. Las regiones polares y subtropicales llegan muy pronto a un grado de superpoblación. Los pueblos que se alimentan de la caza y de la pesca están obligados a cierto nomadismo intermitente. La selva no ha albergado nunca grandes poblaciones, por la gran mortalidad, las condiciones climatológicas difíciles, la lucha con insectos y fieras y la escasez de plantas alimenticias. Contra lo que se cree, los recursos alimenticios de la selva son tan limitados –dice Sapper– que el viajero que no vaya bien provisto se morirá seguramente de hambre... Aun hoy las expediciones científicas que llegan a regiones

²⁴¹ W.J. Entwistle, op. cit., p. 251.

²⁴² Vide *ibid.*, pp. 232-233.

²⁴³ A. Rosenblat, op. cit., tomo I, pp. 102-103.

inexploradas se encuentran con poblaciones poco numerosas que se han creado, a través de una lucha secular con los elementos, un pequeño oasis habitable. Fuera de la zona agrícola, que se escalonaba en una estrecha franja a lo largo de los Andes (en la región atlántica sólo hubo islotes, seguramente puntos de expansión), el continente era en 1492 una inmensa selva o una estepa”²⁴⁴.

La estructura económica y social de las culturas indígenas no favorecía la formación de núcleos densos de población. “Se da particularmente un gran centro de población allí donde cristaliza una gran formación política bajo formas agrícolas de existencia. Tal fue, en América, el caso de las civilizaciones azteca, maya, chibcha e incaica... La zona agrícola abarcaba toda la región alta del Occidente americano, especialmente la meseta, desde Arizona hasta Chile... La zona agrícola abarcaba toda la región alta del Occidente americano, especialmente la meseta, desde Arizona hasta Chile... El maíz (América se ha llamado la “civilización del maíz”) era la base de la alimentación y se cosechaba en algunas partes dos veces al año... Pero ni siquiera el maíz era general; el cultivo se reducía, en gran parte de esa zona, a plantas tuberosas como la patata o la mandioca, a granos como la quínoa (“el trigo de la puna”), a legumbres como los frijoles o las calabazas. La irrigación, el abono artificial y el empleo de instrumentos agrícolas, de madera o piedra, eran excepcionales... Pero si las grandes culturas alcanzaron la etapa agrícola, y en el Perú se llegó a domesticar la llama y la alpaca, la mayor parte del continente vivía de la caza, de la pesca y de la recolección. Los pueblos cazadores necesitan extensas praderas y no crean por sí solos grandes centros urbanos, que resultan de la convergencia de los resortes políticos, el comercio y la producción industrial”²⁴⁵.

Las formas de convivencia estaban lejos de constituir un modelo ideal: “No faltaban en América guerras de conquista y de exterminio, venta de esclavos, sacrificios sangrientos, antropofagia, división en clases y en castas, arbitrariedades e injusticias, epidemias y años de hambres y de sequía... las utopías sobre una edad de oro americana son expresión del espíritu utopista de la civilización occidental y tienen su fuente común en el sueño humano y universal en un pasado mejor”²⁴⁶.

Escasas y débiles eran, pues, las fuerzas que hubieran podido impulsar una tendencia a lo general, a la formación de grandes lenguas unificantes, de grandes comunidades lingüísticas, al *intercourse*. Numerosas, activas y eficaces eran, en cambio, las fuerzas que favorecían la tendencia hacia las variaciones locales, la fragmentación dialectal, el habla de la tribu (*esprit de clocher*). Agreguemos a estas últimas la circunstancia, importante en grado

²⁴⁴ Ibid., I, pp. 104-105. Cfr. Guillermo de Humboldt, Ensayo sobre las lenguas del nuevo continente, en Cuatro ensayos sobre España y América (versiones y estudios por Miguel de Unamuno y Justo Gárate), Edit. Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1951, p. 155: “La configuración del suelo de América contribuye también forzosamente, a la multiplicidad de lenguas y naciones. Pues ningún otro continente opone a la comunicación entre los pueblos tantos ríos que semejan lagos, ni tantas selvas que no se pueden atravesar sino con el hacha en las manos, sin hacer mención algunas de las inundaciones periódicas, de la insalubridad de muchas comarcas y de la enorme desproporción entre la población y la extensión del territorio. Habría, pues, que sorprenderse poco si América nos ofreciera –hablando relativamente– una cantidad mayor de lenguajes que ninguna de las partes del viejo continente”.

²⁴⁵ Ibid., tomo I, pp. 103-104. Sobre los indios del Brasil dice Arthur Ramos (op. cit., p. 109): “El indio era, en general, y aún sigue siéndolo en gran mayoría, un recolector nómada”.

²⁴⁶ Ibid.

sumo, de que los indios no legaron a inventar la escritura, al menos la escritura alfabética²⁴⁷, ni tuvieron una educación basada en literatura.

Los incas, en su dirección hacia la escritura, no fueron más allá de sus célebres *quipus*, o cuerdas con nudos, que servían acaso de auxilio mnemotécnico para narraciones²⁴⁸. Los mayas tenían jeroglíficos que han sido descifrados en la medida en que significan fecha. Los aztecas usaron jeroglíficos altamente complicados y ambiguos²⁴⁹.

En cuanto a la tradición literaria oral (*oral composition*), cuyo estudio ha resultado tan útil en la solución de la cuestión homérica²⁵⁰, sabemos que no faltó en las grandes culturas: recordamos las saas y pseudo epopeyas de los incas, la producción lírica del rey mejicano Nezahualcoyotl, los himnos y oraciones peruanos al dios sol, el cuerpo de proverbios del inca Pachacutec...²⁵¹. Pero todo esto es menos de lo que encontramos en el Viejo Mundo al comienzo de la época histórica.

Sobre el complicado mosaico de lenguas precolombinas de América, dominado por el *esprit de clocher*, se impusieron las dos lenguas de los conquistadores en las cuales reinaba, omnímodo, el *intercourse*. Representando dos grandes imperios, los conquistadores fueron el factor unificante en todos los campos, por ente también en el lingüístico. Considere el lector que, aun en el caso de que españoles y portugueses hubiesen decidido aprender las lenguas de los indios (hipótesis absurda⁹, la empresa hubiese resultado imposible: es más fácil para mil pueblos aprender una lenguas, que para uno aprender mil.

Así hemos intentado responder a la primer gran pregunta que nos formulamos: ¿Cómo fue posible que el español y el portugués suplantaran tantas lenguas? Pasamos ahora a la segunda: ¿Qué influjo han ejercido ellas, como sustrato, sobre el español y el portugués de América?

Hemos tratado ya el influjo del sustrato desde un punto de vista lexicográfico y hemos visto que las lenguas europeas se enriquecieron con numerosos indigenismos al enriquecerse con el conocimiento y uso de nuevos entes descubiertos en América. Hemos observado también que la abundancia de palabras indígenas en el español de América varía según las regiones y es máxima en las zonas bilingües²⁵²

²⁴⁷ No se ha encontrado, que sepamos, ni el más leve indicio de la existencia de grafemas fonéticos precolombinos.

²⁴⁸ J. Alden Mason, *Las antiguas culturas del Perú*, F.C.E., México, 1961, traducción de Margarita Villegas de Robles, p. 213: "El quipu consiste básicamente en una serie de cuerdas en las que se hacen nudos. La enorme variedad posible en el color y posición de las cuerdas, y en el tipo, número y posición de los nudos, permite usarlo como registro numérico y para fines mnemotécnicos". El anuncio periodístico de que sabios rusos habían logrado descifrarlos con el auxilio de cerebros electrónicos resultó ser falso.

²⁴⁹ Cfr. Sylvanus G. Morley, *La civilización maya*, Fondo de Cultura Económica. México, 1956, pp. 290-292. Jacques Soustelle, *La vida cotidiana de los aztecas*. F.C.E., México, pp. 232-236. Ricardo Mimenza Castillo, *El Arte y la cultura mayas*, B. Costa Amie. Ediciones Iberoamericanas, 1943, pp. 36-37. Libro de Chilam Balam de Chumayel, prólogo y traducción por Antonio Mediza Bolio, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, México, 1941. Introducción, pp. 11-12. Salvador Canals Frau, *Las civilizaciones prehispánicas de América*, Edit., Sudamericana, S.A., Buenos Aires, 1959, pp. 376-377, 436, 494-495, 442-444. Víctor W. Von Hagen, *Los aztecas, hombre y tribu*, Edit. Diana S.A., México, 1964, pp. 56-58, 178-182, 204-217. Ing. Héctor M. Calderón, *Clave fonética de los jeroglíficos mayas*, Edit. Orión, México, 1962.

²⁵⁰ Vide Abin Lesky, *Geschichte der Griechischen Literatur*, Francke Verlag, Berna, 1957-58. Erste Lieferung, pp. 38-45, y Rhys Carpenter, *Folk tale, fiction and saga in the Homeric epics*, University of California Press, 1958, pp. 1-22.

²⁵¹ Vide supra cita 249, y Entwistle, op. cit., pp. 232-239.

²⁵² Piénsese, además, en el inmenso material léxico indígena que nos suministran la toponimia y la onomástica.

Buscamos en vano el influjo sintáctico y morfológico del sustrato. No encontramos por ninguna parte fenómenos de incorporación, ni desarrollo de sufijos aglutinantes, ni tendencia aislantes, ni manifestación alguna de hábitos mentales precolombinos en el sistema de la lengua. Quien busque grandes divergencias sólo encontrará leves, despreciables y dudosos vestigios, como el tan citado sufijo posesivo y del quechua, señalado por Cuervo en Arequipa y por Entwistle en Tucumán²⁵³, pospuesto a voces españolas con valor afectivo; *viday, vidatay, mamay, mamitay* (vida mía, vidita mía, mamá mía, mamita mía, respectivamente, en vocativo). Según Alonso, “Hay sufijos que vienen desde el Norte argentino hasta el Ecuador: el sufijo quechua *la* para indicar cariño (Argentino *vidala, vidalítay* con *l* por despalatalización; en la Sierra ecuatoriana *mi guaguaza* ‘mi guagüita’ con *z*). Pero estos antiguos morfemas hoy no se sienten como tales. Sustrato morfológico y sintáctico hay en toda la Sierra ecuatoriana, aun en la ciudad de Quito. A veces penetra en el habla familiar de la gente culta”²⁵⁴.

La unidad del español y del portugués contrastan espectacularmente con la heterogeneidad estructural de las lenguas indígenas: muchas son polisintéticas, i. e., tienen a incluir con el elemento verbal todas las demás partes que constituyen la oración, de manera que las palabras no existen individualmente sino sólo en combinaciones: un ejemplo del esquimal: *Tukusariartorumagaluarnerpa?* (para nuestro sentimiento lingüístico esto es una palabra monstruosa, quiere decir ‘¿Cree usted que él va a preocuparse de verdad por eso?’), formada por elementos significativos más bien que por palabras; el elemento *iartor* no puede usarse nunca solo, sino en combinaciones como *aitorpoq* ‘él va a?’, y crece en ambos sentidos a medida que se le agregan nuevos elementos significativos. El nahuatl es una lengua incorporante en la cual no sólo los pronombres, sino también los sustantivos se incluyen en el verbo: *ka* ‘comer’, *ni-k-ka* ‘yo lo como’, *ni-naka-ka* ‘yo como carne’ (*nakatl* ‘carne’), *ni-petla-ciwa* ‘yo hago petates’ (*petlatl* ‘petate’). El quechua tiene peculiaridades aglutinantes; al formar el plural, por ejemplo, utiliza sufijos que son sem-independientes con respecto al nombre que modifican, de manera que no se logra la noción de plural como ‘más de uno’. El hia-hiu de los indios otomí es una lengua típicamente aislante, y tan diferente de todas las demás y tan enigmática como el vascuence en Europa. Entre las rarezas de las lenguas americanas, vasto experimento lingüístico de la humanidad, nos encontramos con una cuarta persona en la conjugación del mapuche y su sistema de pre-verbos²⁵⁵.

Guillermo de Humboldt, al comentar la forma desigual en que las lenguas resuelven sus problemas, y después de referirse al vasco como idioma que, con sus 206 conjugaciones, agotando casi todas las combinaciones posibles, describe el caso de una lengua americana en los siguientes términos: “Lo que la lengua vasca es para este caso, lo es la lengua mexicana para otro parecido, es decir, para indicar que el verbo es neutro o reflexivo o transitivo, y si en este último caso se refiere a un objeto determinado o indeterminado, a una persona o a una cosa o a ambas a la vez. Todas las lenguas deben poner un cuidado particular en distinguir matices tan esenciales, y muchos (sic) lo hacen inmediatamente al enunciar el verbo. El idioma alemán cambiar del mismo la vocal radical, matiz fino y delicado y que en

²⁵³ Cuervo, *El Castellano en América*, BHI, III, 54. Apud Alonso, op. cit., (Temas españoles), p. 327; W.J. Entwistle, op. cit., p. 238.

²⁵⁴ A. Alonso, op. cit., (Temas españoles), p. 327.

²⁵⁵ Vide W.J. Entwistle, op. cit., p. 237.

nada se reciente de la aspereza atribuida gratuitamente tan a menudo a los primeros inventores de las lenguas; al vasco añade, en algunos casos parecidos, una sílaba en medio de la palabra; la lengua griega tiene su médium, la húngara distingue dos conjugaciones enteramente distintas para el verbo, según que éste rija un objeto determinado o si su objeto es vago, pero sólo la lengua mejicana agota en este aspecto todos los casos posibles y penetra a matices tan finos, que, por ejemplo, al decir que ‘yo me instruyo en alguna ciencia’, un solo pronombre añadido u omitido indica si yo quiero decir que soy mi propio profesor (*ni-no-ne-machtia*), o si yo no quiero expresar también esta circunstancia y después también tener otro profesor (*ni-no-machtia*). De una manera parecida *te-machtilli* es la doctrina que alguien esparce alrededor de sí, *ne-machtilli* el estudio que hace él mismo”²⁵⁶.

Ninguna peculiaridad sintáctica o morfológica de las lenguas indígenas ha pasado al español de América. Las excepciones son pocas, locales y dudosas; dudosas, porque admiten otra explicación o son producto transitorio del bilingüismo.

El influjo del sustrato fonético-fonológico es sorprendentemente inferior a lo que cabría suponer²⁵⁷. Ningún fonema indígena ha pasado al español de América: ¿dónde encontrar entre los hispanohablantes la *k* enfática del quechua, dónde la sexta vocal del mapuche, dónde el *click* lateral *tl* del náhuatl. Tampoco la falta en las lenguas indígenas de algunos fonemas peninsulares ha influido negativamente en la pronunciación del español; el náhuatl no tenía *r* ni *ñ*²⁵⁸; cuando los descubridores portugueses del Brasil advirtieron que los aborígenes no tenían *f* ni *l* ni *r* en sus lenguas, los llamaron pueblo sin *fe*, sin *ley* y sin *rey*²⁵⁹. Sin embargo, en ninguna parte de América acusan el español o el portugués la falta de esos fonemas.

El seseo americano²⁶⁰, el yeísmo²⁶¹ y otras alteraciones de la *ll*, la pérdida variamente condicionada de la *-d-*, la aspiración de la *-s*, la confusión de *-r* y *-l* (además su vocalización o su pérdida), los diversos cambios de *rr* y *tr* no obedece a influjo sustratista. Amado Alonso explica todos esos fenómenos conforme a las leyes internas del español y los considera hispánicos; describe la marcha general de la lengua así:

“Durante casi seis siglos, del XI al XVI, el sistema consonántico del castellano se mantuvo funcionalmente estable. En el siglo XVI (en parte ya en el XV), terminando en los primeros decenios del siglo XVII, hay una grave revolución en el español (antes en el castellano de Castilla la Vieja), que afecta sobre todos a las sibilantes (*s*, *ss*, *z*, *j*, *X*), a la pareja *b-v* y a la *h*: las rehiladas sonoras no pueden mantener ya su sonoridad (*s*, *z*, *j*); las africadas se hacen fricativas, las palatales van rebajando su contacto lingual hasta hacerse velares; la *b* se hace fricativa y la *v* bilabial; la *h* se pierde. Todos fenómenos que denotan un ablandamiento general de la pronunciación, no instantáneamente sobrevenido, sino largamente agravado

²⁵⁶ Guillermo de Humboldt, *Ensayo sobre las lenguas del Nuevo Continente...*, pp. 167-168.

²⁵⁷ La fonética estudia los sonidos en cuanto a su composición material; la fonología los estudia en su composición intencional de signos. Un ejemplo de A. Alonso (op. cit., Temas españoles, p. 308) : la *e* varía fonéticamente; es media en *pe*lo, abierta en aceite y cerrada en cesto; pero fonológicamente conserva en todos los casos su identidad fonemática. En francés, en cambio, las variaciones fonéticas de la *e* tienen valor fonológico. Otro ejemplo: la *p* y la *b* se oponen fonológicamente en español, no así en el alemán de Viena.

²⁵⁸ Franz Boas, *Spanish elements in modern Nahuatl*, *Todd memorial Volumes*, Vol. I, Columbia Univ. Press, New York, 1930, p. 85.

²⁵⁹ F. Kainz, *Psychologie der Sprache*, III, p. 300.

²⁶⁰ Seseo: S, C = S

²⁶¹ Yeísmo = Ll = y

desde aquella dura habla medieval de los castellanos, que hizo decir al poeta latino de Almería: *illorum lingua quasi timpano tuba resonat; resuena su lengua como trompeta con tambor*. Todavía hay que contar el seseo y ceceo, secuela en algunas regiones españolas (y en todas el seseo fuera de España), del ablandamiento articulatorio de las dentales, pero que, además, como en *b* y *v*, denuncia otro aflojamiento no fonético, sino fonológico o fonemático: el de la voluntad de retener parejas de signos, reduciendo oposiciones a fonemas únicos. El sistema así alterado parece estabilizarse algún tiempo; pero el proceso de ablandamiento se continúa, y en el siglo XVIII adquiere nuevas manifestaciones graves: el yeísmo (ya del siglo XVII en alguna parte de América), la pérdida de la *-d-*, la aspiración de la *-s*, la confusión e igualación de *-r* y *-l*. Manifestaciones, sin duda, muchos menos graves que las del siglo XVI, pero que obedecen al mismo movimiento. Menos graves, *porque ahora no les cabida en su seno la forma oficial de la lengua, ya académicamente mantenida*, y, sobre todo, porque no se cumplen en una serie importante de fonemas, como lo hicieron las sibilantes del siglo XVI, que sufrieron no un cambio, sino una cadena de cambios coordinados; tampoco los cambios nuevos se han generalizado con la sorprendente rapidez de los cambios clásicos”²⁶²

La lengua española, pues (y lo mismo podemos decir del portugués), ha permanecido incólume en América, sus patrones estructurales no han sido quebrantados, los cambios que ha sufrido encajan dentro de las leyes evolutivas que le son propias, y corresponden a cambios paralelos en la Península.

El influjo del sustrato en el último aspecto se ha limitado a favorecer ciertas decisiones allí donde la lengua misma ofrecía alternativas. En las regiones donde abunda el elemento indígena, la presencia de la *ll* en las lenguas aborígenes o su reciente adquisición habrían favorecido la conservación de ese fonema, mientras que en las zonas donde el mestizaje se hizo con gran participación del negro (casi todas las costas, ínsulas antillanas) el yeísmo habría resultado favorecido. El invariable acento del quechua en la penúltima sílaba puede haber contribuido a producir el sonsonete característico del acento andino, pero sólo porque coincide con el acento normalmente grave del español. Las vocales oxítonas del tupí-guaraní (yaguareté, tamandúa, urutaú, etc.) se parecen al sufijo acentuado *-í*, tomado ya del árabe; la posible influencia de ese hábito lingüístico se manifestaría en la tendencia argentina a acentuar ciertos pronombres enclíticos (vamonós, digaló), pero éstos tiene ya en español un acento secundario y su conversación en primario se había producido anteriormente de manera esporádica, especialmente en verso. Los yucatecas pronuncian su español con las letras heridas del maya (*p'*, *t'*, *k'*, *ch'*, *tz'*), cuya articulación oral va seguida por una oclusión de la glotis, pero sin poner en peligro la identidad fonemática de los sonidos españoles correspondientes...²⁶³

Otros fenómenos, producto de la tendencia sustratista a crear formas nuevas, se localizan en regiones de abundante población indígena y deben considerarse como transitorios efectos del bilingüismo, ya que el ideal de lengua, aunque con variable intensidad, actúa en forma

²⁶² A. Alonso, op. cit., (*Temas Hispanoamericanos*), pp. 256-258. (El subrayado es nuestro) Cfr. los estudios monográficos del mismo autor: Orígenes del seseo americano, La *ll* y sus alteraciones en España y América, La pronunciación de *rr* y de *tr* en España y en América, Examen de la teoría indigenista de Rodolfo Lenz, todos recopilados en el volumen *Temas Hispanoamericanos* de su obra *Estudios Lingüísticos*.

²⁶³ Cfr. Rafael Lapesa, *Historia de la lengua española*, 3ª ed., edit., Escelicer S.L., Madrid, 1955. p. 330; A. Alonso, op. cit., (*temas Hispanoamericanos*), pp. 259-262; W.J. Entwistle, op. cit., pp. 247-257.

generalizada y generalizante. El sustrato se enrumba, cada día con mayor rapidez, hacia su propia eliminación.

En cambio, ninguna lengua indígena que haya entrado en contacto con el español o el portugués ha permanecido incólume. Hondas penetraciones han quebrantado sus estructuras más íntimas, como lo demuestran los trabajos de Boas sobre el náhuatl, de Lenz sobre el mapuche y de Morínigo sobre el guaraní²⁶⁴.

Para comprender esta situación, baste observar que quienes más amaron a los indios y mejor los trataron, es decir, los misioneros, contribuyeron poderosamente a destruir sus culturas y sus lenguas, como bien señala Guillermo de Humboldt: “Ocupados en general únicamente en convertir a los salvajes, su primer cuidado consistía en desarraigar, a la par de sus antiguas costumbres, todo cuanto se refería a sus tradiciones y recuerdos nacionales y en cambiar de esta manera totalmente su sistema de pensar y de sentir. Destruían, pues, en parte, los misioneros aquel objeto que interesaría ver examinado, desarrollado y expuesto por ellos mismos”²⁶⁵.

El citado artículo de Franz Boas nos da una idea de la penetración: el náhuatl adquirió dos fonemas (r y ñ), los primeros préstamos acusan su falta (xenola, xalo, por señora, jarro), pero préstamos posteriores denuncian su adquisición (libro, compañero, pobre); su léxico se ha llenado de hispanismos representados en términos de relación familiar (tío, sobrino, hermano, papá, mamá, familia), de religión (dios, santo, ángeles, cristiano, misa, campana, alma), de organización política (rey, reina, pueblo, cárcel, preso, justicia), de relaciones sociales (hacendero, rico, pobre, asesino, lazarino e increíblemente también compañero, amigo), de la vida campesina (hacienda, rancho, corral, letrero, puerta, cuarto, cahuayo, jáquima, cordel), de pesas y medidas, dinero y numerales (semana, peso, secientos), de ropa (vestido, pantalón), de implementos (acoha por aguja, cuchillo, machete, máquina, xalo por jarro), de animales, plantas y comida (cahuayo, león, gallo, pato, arroz, membrillo, pan); en adjetivos (bueno, flaco, flojo, malo, mayor, pobre, primero, solo, tonto): en verbos (admirar, cantar, desear, estar, formar, lograr, mandar, negar, pasar, sentir, vestir); en partículas (casi todas las más corrientes en español); y sufijos (tsitsiquito ‘el más joven’, quahuitero ‘leñador’). A todo esto se agrega que las voces españolas son tratadas como genuinas raíces náhuatl (ti-desear-oa ‘tú eres pobre’). Bástenos este resumen de los datos suministrados por Boas para apreciar la profundidad y la amplitud de la contaminación hispánica que afecta al náhuatl, la lengua que hablan los que otrora fundaran un esplendoroso imperio y hoy no pueden ni siquiera reconocer los jeroglíficos de sus antepasados.

Recojamos también el testimonio de J.J. von Tschundi sobre el quechua: El estado del quechua es tan ruinoso debido a las muchas palabras extranjeras que ha incorporado, debido a mezcla con otras lenguas indígenas y debido a su avanzado grado de descomposición fonética (causada por el español), que si no es recuperado inmediatamente por los lingüistas, sólo tiene ante sí un negro provenir”²⁶⁶.

Causa dolor el saber que probablemente cada año muere una lengua indígena por dispersión, transculturación o aniquilación de sus hablantes (piénsese en las epidemias, el

²⁶⁴ Franz Boas, op. cit., 85-89; Rodolfo Lenz, Para el conocimiento del español de América, en *Bibl. Dial. Hispanoam.*, VI, pp. 244-249; Marcos A. Morínigo, *Hispanismos en el Guaraní*, Instituto de Filología, Buenos Aires, 1931, p. 434.

²⁶⁵ Guillermo de Humboldt, *Ensayo sobre las lenguas del Nuevo Continente*, loc. cit., p. 159.

²⁶⁶ Apud Entwistle, op. cit., p. 239.

hambre, los comerciantes, los misioneros, los antropólogos; se ha dicho con acierto que una familia indígena norteamericana está constituida por el padre, la madre, los hijos, el tío paterno y un antropólogo que los estudia y al estudiarlos los destruye). Causa dolor, porque una lengua es una imagen del universo y una creación irreplicable de un pueblo. Al morir una lengua desaparece un camino hacia la comprensión del hombre. El mismo celo que se pone en conservar una gran obra de arte debería ponerse con creces en el estudio y la conservación de las lenguas indígenas, no sólo por las razones anotadas, sino también en nuestro caso especialmente porque nuestra condición de mestizos hunde una de sus raíces más poderosas en las Weltanschauungen de esas lenguas. No olvidemos que, si bien los padres de los primeros mestizos fueron blancos o negros, las madres, en su casi totalidad, fueron indias que cantaron y prodigaron su ternura maternal con palabras de esas lenguas hoy agonizantes. En nuestra manera más íntima de sentir la vida, de disfrutarla y de sufrirla, vibran acaso todavía los acentos de esas voces olvidadas.

En conclusión, puede decirse que las lenguas española y portuguesa, no sólo han mantenido en América su integridad estructural frente al influjo del sustrato lingüístico, sino que también han penetrado destructivamente las fuentes mismas de ese posible influjo.